



VOL: AÑO 3, NUMERO 7-8

FECHA: MAYO-DICIEMBRE 1988

TEMA: CRISIS DE PARADIGMAS

TITULO: **Entre el saber y la verdad: Las dificultades de una epistemología psicoanalítica**

AUTOR: *Roberto Gutiérrez* [\*]

SECCION: Artículos

TEXTO

## I. Presentación

Tocar un tema como el de psicoanálisis y epistemología supone de entrada una elección. Elección necesaria en tanto que existen diversas vías de acceso al problema planteado por la relación entre psicoanálisis y epistemología. En este trabajo no nos detendremos a revisar las críticas hechas al psicoanálisis desde posiciones tradicionalmente nominadas como positivistas, en tanto que sus objeciones presuponen una normatividad científica que no compartimos. Tampoco nos ocuparemos de las tesis epistemológicas asumidas por algunas corrientes derivadas de la obra de Freud que han querido otorgar al psicoanálisis el estatuto de una ciencia natural. Dejaremos la discusión con dichas corrientes para un trabajo subsiguiente. Por ahora, nos interesa profundizar en el análisis de la complejidad interna del saber freudiano, detectando la multiplicidad de determinaciones, preocupaciones y formas de argumentación teórica, que están presentes en su constitución y que desde nuestro punto de vista ponen en entredicho la existencia de una identidad epistémica freudiana.

Debe decirse, por principio, que las cuestiones en juego son de índole y complejidad diversas, por lo que resulta imprescindible la delimitación de un horizonte teórico. Por ello, seguiremos un itinerario que nos parece propicio para lograr la convergencia de algunas de las líneas de discusión más significativas en torno a la epistemología psicoanalítica.

Nuestro campo se construirá, así, por la revisión de una serie de proposiciones que giran en torno a la asignación de los lugares respectivos del saber y la verdad en el ámbito del psicoanálisis. Después de todo, de la forma en que se plantee esta cuestión dependerán las características particulares de su epistemología o, en su caso, la afirmación de la ilegitimidad de un proyecto que se proponga definirla.

Para avanzar en nuestro problema partiremos de Freud. Su obra fundadora será el referente constante de nuestras reflexiones sobre la estructura teórica del psicoanálisis. Aunque, hay que señalarlo, no contemplaremos solamente el saber plasmado en sus trabajos, sino que nos interesarán también las condiciones de producción de ese saber, pues es aquí precisamente donde nos toparemos con uno de los puntos de contacto más complejos en la relación existente entre el saber y la verdad, entendida esta dentro del marco teórico que orientará nuestra indagación, como una dimensión subjetiva irreductible que marcará el advenimiento del sujeto como sujeto pensante y deseante. En este sentido, la categoría de verdad aludirá a la genealogía de todo sujeto y a las formas de su

estructuración. Como veremos, hablar del saber en el campo psicoanalítico implicará de alguna manera, la referencia a la verdad.

Nos acercaremos a esta temática utilizando una tesis provocativa de P. L. Assoun que en su aparente brevedad puede ser discutida productivamente:

"Tomemos nota de que, aún si el psicoanálisis es otra cosa que un saber también es por lo menos eso, y Freud no concibe de otro modo su intervención" [1].

El conjunto de problemas que se insinúan en esta tesis nos parecen del mayor interés. Se encuentran implicadas aquí cuestiones tales como la de la complejidad y heterogeneidad esencial del universo psicoanalítico, quedando por ver de que manera se relaciona lo distinto (el saber y eso que lo excede), lo que obliga a examinar a dicho saber a partir de su inserción en un ámbito que, trataremos de mostrar, puede modificarlo. Junto con esto, y en estrecha relación, se tendrá que profundizar en el análisis del lugar del sujeto en la producción de conocimientos en tanto subjetividad multideterminada, lo que llevará, naturalmente, a replantear el punto de la inclusión o exclusión del sujeto respecto a la construcción misma del saber.

En las páginas siguientes trataremos, pues, de realizar una aproximación a esta temática, más con el ánimo de problematizarla que de hallar soluciones definitivas.

## II. Sobre el Saber

Una propuesta conceptual marca de principio a fin la elaboración hecha por Assoun en torno al pensamiento de Freud. La búsqueda de una identidad epistémica freudiana, a desprenderse de la literalidad del discurso original, parece a este autor como una empresa teórica, legítima y posible. Lo que vamos a discutir aquí son las premisas que, explícitas o no, confieren a esta tesis un lugar privilegiado en el intento por desentrañar la estructura interna de la producción intelectual de Freud.

Uno de los problemas fundamentales de la tesis de Assoun proviene de la idea misma de una identidad freudiana, susceptible de ser "extraída" de sus trabajos. Assoun define su proyecto de la siguiente forma:

"Lo que nos interesa es la epistemología rigurosamente indígena e inmanente al itinerario de conocimiento que pertenece a Freud... Nuestro propósito es extraer la identidad Freudiana, considerada en su idiosincrasia histórica, teórica y pragmática, averiguando sus orígenes, sus fundamentos y sus finalidades".

Y más adelante continúa:

"Por tanto, habrá que buscar ese fundamento epistemológico en la literalidad del discurso freudiano... absteniéndose de proyectar una construcción cualesquiera que no esté implicada en esa literalidad. En este sentido, Freud será nuestra garantía esencial, en la medida en que es su asunto lo que está en juego, él quien forja su epistemología pensando en su práctica científica" [2].

Nos inclinaremos a pensar, leyendo estos pasajes, que nos encontramos ante los efectos teóricos de una posición que, por ser fiel hasta el exceso al "espíritu freudiano", produce una distorsión de la problemática epistemológica.

Ciertamente, creemos que no es factible entender las modalidades de la producción teórica de Freud sobre la base de una propuesta que refiere en última instancia a lo que

podríamos calificar como teleología epistemológica (con todo su arsenal terminológico: origen, fundamentos, finalidades, sujeto, conciencia y sentido). Dicho de otra manera, sostendríamos que la aproximación a la obra de Freud y a sus mecanismos internos de constitución -digamos a su peculiar racionalidad- no puede hacerse tratando de reconstruir imaginariamente un itinerario de conocimiento, expresión de Assoun, que se desarrollaría ante la mirada segura de su diseñador.

Difícilmente el conjunto de trabajos del creador del psicoanálisis podría encajar en el esquema indicado por el autor en cuestión. Su labor se encuentra sobredeterminada por factores que escapan a sus propósitos como sujeto que tiene una cierta concepción de su práctica teórica. Diferimos en tal sentido de la posición que busca legitimar sus planteamientos en la palabra misma de Freud en relación a su trabajo. Si el sujeto tendrá algún lugar en el proceso de construcción del saber, este no podrá ser el otorgado por la categoría de autoreflexión.

Sería ingenuo ignorar, más aún dentro del campo psicoanalítico, las características básicas que configuran lo imaginario del sujeto, confiando sin más en sus propias certidumbres, y sin atender a aquello que lo estructura pero que permanecerá desconocido para la propia conciencia. Debemos sostener, entonces, que la función de desconocimiento inherente a la representación que el sujeto tiene de sí mismo y de su acción, se presenta también en los momentos de elaboración teórica, en tanto que, como veremos después, el deseo, y lo que se denomina relación transferencial -tema que será desarrollado más adelante- no puede suspenderse ni excluirse en el tiempo de la reflexión científica.

Quizá sea posible abordar con mayor productividad los interiores de la obra freudiana sin la ilusión de lograr armar, al final, una estructura unitaria en la que tomarían su lugar de una manera armónica y sincronizada las diversas piezas que en el todo adquirirían sentido. Por nuestra parte, diríamos que si bien es posible rastrear ciertas líneas de continuidad en el itinerario freudiano, este se encuentra modificado constantemente, tanto por las actividades de la práctica clínica como por las relaciones transferenciales establecidas por Freud en diversos momentos, así como también por la necesidad de desarrollar, defender o transformar sus planteamientos de acuerdo a un campo del saber en el que pretende insertarse y donde busca ganar y sostener una posición.

En este marco no parece viable buscar una identidad epistémica que se resguardaría tras una declaración de intenciones del propio Freud. De lo contrario, quedaríamos atrapados bajo el peso de ciertas postulaciones que obligarían a una simplificación de su trabajo. Después de todo, la convicción epistemológica reduccionista a la que Freud se adscribe, habría marcado ya el imperativo de explicarlo todo en base a la actuación de fuerzas físicas y químicas. Las deudas teóricas de Freud, y en este sentido el trabajo de Assoun resulta esclarecedor, funcionan como modelos a partir de los cuales se constituye el saber analítico.

Sin embargo, la génesis de este saber no puede ser confundida con su reordenación sincrónica. Es aquí donde efectivamente se debería trabajar la epistemología freudiana, demarcando esta problemática de la forma en que Freud se apropia de un saber con distintos orígenes y alcances. Al hacer esto, la identidad epistemática comienza a desdibujarse: la obra de Freud desborda con mucho los modelos que funcionan como referente para su constitución produciendo lo que Assoun tímidamente y casi sin tocarlo llama lo inédito del objeto, relacionado fundamentalmente con la formulación del concepto del inconsciente. Más aún, es esta novedad del objeto, que requiere de su propia base teórica, la que obliga a una relativa desnaturalización de los modelos precedentes,

implicando una ruptura que Freud no se atreverá a reconocer del todo, lo cual no dejará de producir efectos en la teoría.

No obstante, la revolución freudiana está en marcha. En su desarrollo y a partir de las diversas determinaciones antes señaladas -y que si se miran bien son prácticamente impredecibles desde un punto de vista estrictamente lógico [3]-, se irán produciendo tratamientos doctrinales irreductibles a cualquier fuente formadora y no del todo complementarios y armónicos entre sí [4].

La complejidad de una problemática centrada alrededor del inconsciente, difícilmente permite una teorización simple y unívoca de los problemas planteados, por lo que resulta ineludible un trabajo de crítica y de reformulación interna, que no pocas veces obliga a Freud a abandonar conceptualizaciones que creía sólidamente sustentadas.

Así, nos encontramos con modificaciones, por mencionar algunas de las más significativas, tanto de la tónica del aparato psíquico (que alude a la diferenciación entre inconsciente, preconsciente y consciente) como de la teoría de las pulsiones. Esto naturalmente tiene repercusiones en una gran cantidad de conceptos ya construidos al tiempo que conlleva la formación de otros nuevos.

Esta complejidad de la producción teórica de Freud, que no deja de dar la impresión de constituirse fragmentariamente, encontraría una de sus determinaciones en una de las modalidades del trabajo de su autor, en aquello que se denomina el "phantasieren" freudiano, mismo que vendría a relativizar la fuerza de la razón en el campo de su saber. Las consideraciones de Freud, citadas por Assoun, nos parecen representativas:

"Hay que decirse: Así, la bruja tiene que intervenir, o sea la bruja de la metapsicología. Este recurso se justifica de este modo: Sin especulación y una teorización -por poco digno la fantasmaticación- metapsicológica, no se adelanta ni un paso. Por desgracia, las informaciones de la bruja no son ni muy claras ni muy detalladas" (Análisis Terminable e Interminable).

Freud explica lo anterior cuando se declara dispuesto a "abandonarse a un itinerario de ideas, proseguirlo hasta donde lleve por simple curiosidad científica.... En todo caso, no es posible llevar adelante esa idea sin combinar conjuntamente, repetidas veces, lo que pertenece a los hechos con lo que incumbe a la especulación pura. Sabemos que mientras más a menudo se proceda así en la construcción de una teoría menos confiable será el resultado final, sin que su grado de certidumbre sea asignable. Se puede tener la suerte de acertar, pero también de equivocarse". Y más adelante agregar algo que resulta crucial para adentrarnos en el terreno de la verdad:

"Es raro que se sea imparcial cuando se trata de las cosas últimas, de los grandes problemas de la ciencia y de la vida. Creo que en cada una de estas materias se está bajo el influjo de predilecciones íntimas que están profundamente arraigadas en uno y por cuya cuenta toda especulación trabaja sin que lo sepa" [5].

A través de las palabras de Freud se anuncia un desplazamiento que cuestiona con fuerza la forma en que regularmente se ha entendido la formulación de una teoría. Sin embargo, nos parece importante observar que este desplazamiento no anula la existencia de una lógica del pensamiento, sino que la insertaría en un campo donde otros elementos la marcarían sobredeterminándola. Después de todo, si la teoría es una ficción no deja de ser una ficción organizada, lo cual no implica que los principios de organización sean siempre los mismos ni que permanezcan exentos de contradicciones y espacios lacunares.

Resulta indispensable reconocer, en este sentido, los esfuerzos de Freud por constituir su saber apeándose a los requisitos que impone el discurso de la ciencia de su tiempo y que implica una ordenación de las proposiciones, incluso de aquellas más aventuradas, con miras al establecimiento de redes conceptuales sistematizados y coherentes entre sí. Digamos que es aquí donde podemos ubicar ciertas repercusiones y efectos positivos de los afanes científicistas de Freud, en tanto que su estructura teórica permitirá al psicoanálisis deslindarse de discursos oscurantistas y rituales mágicos.

El establecimiento de principios ordenadores básicos funciona incluso como condición de posibilidad -que no suficiente- para la transmisión de la teoría, así como para su discusión y eventual rectificación, permitiendo también el establecimiento de sus límites y carencias [6].

Trabajar, pues, en el proyecto de una epistemología freudiana implicaría el esclarecimiento de los distintos principios y modos de producción teórica que están presentes en los trabajos del autor, mostrando la complejidad en la que coexisten. De esta manera, se podría retomar el nombre de Freud no como una garantía de identidad y homogeneidad epistémica, sino como el referente tras el cual se desarrolla, diversificada y contradictoriamente, el saber psicoanalítico.

Digamos, pues, que este reconocimiento es imperativo. Rescatar la contradictoriedad, señalando y profundizando las tendencias más productivas que se dan bajo la misma, puede ser mucho más útil que esforzarse en la búsqueda de una identidad epistémica inencontrable. Por reintroducir sólo una de las cuestiones que se han discutido con mayor frecuencia en el ámbito analítico, recordemos que: "subsiste un abismo infranqueable entre la interpretación de los sueños y una teoría fundada forzosamente sobre los principios lógicos y positivistas. Esto seguirá siendo una característica del psicoanálisis, ya sea especificidad meritoria para unos, o estigma de un nacimiento desgraciado para otros" [7].

### III. Sobre la Verdad

Trataremos ahora con más detenimiento el espacio en que el psicoanálisis desborda el campo del saber. Nuevamente nos remitiremos a la experiencia freudiana tomándola como referencia para el desarrollo de dos temáticas que se entrelazan en el punto en cuestión. La primera de ellas tendría que ver con la forma en que el deseo inconciente se relaciona con el saber, mientras que la segunda aludirá al papel de la verdad en el marco de la práctica analítica. Comencemos, pues, con la temática inicial.

El hilo conductor de nuestras reflexiones estará constituido por la relación mantenida por Freud y Fliess a lo largo de trece años e iniciada a finales del siglo XIX. Digamos que esta relación viene a poner al descubierto la existencia de un saber que, como diría Mannoni [8], es distinto y quizá opuesto al que Freud había aprendido de Charcot y de Breuer.

Lo que aquí sucede, es que Fliess no ocupa, desde la posición de Freud, el mismo lugar que estos investigadores. En relación con ellos, Freud habría establecido una demanda de saber, en tanto que lo que está en juego con Fliess es una demanda de verdad. Naturalmente, la actitud teórica de Freud en ambos casos no es la misma. En el primero, se encuentra dispuesto a mantener las más rigurosas exigencias científicas, en tanto que en el segundo se daría un relajamiento con respecto a las mismas.

Después de todo, "Freud no sabe que al aceptar las ideas de Fliess entra en el mundo de los fantasmas; no lo sabrá sino mucho más tarde. Para decir la verdad (aunque nos

cueste), Freud aceptaba la palabra de Fliess tal cual este se la daba, como una verdad objetiva, positiva, científica" [9].

De aquí que lo que Freud recibe de Fliess no sea transmitido por los canales usuales de la crítica teórica, siendo, en cambio, sostenido por el deseo inconsciente de Freud que inviste a la figura de Fliess con los títulos de la verdad, obteniendo de él, consiguientemente, una certeza. En este campo, el saber se encuentra atrapado bajo el peso de un deseo que escapa al control del sujeto, por lo que Freud tratará de manera singular las tesis de Fliess, aceptándolas e incluyéndolas en su trabajo como si ellas se sostuvieran por una racionalidad intrínseca, vale decir, por su propio peso teórico.

No es el caso aquí profundizar en los avatares de la relación Freud-Fliess. En torno a esto, los ensayos ya citados de Mannoni son bastantes claros. Trataremos, pues, solamente de reflexionar sobre algunos puntos que en este contexto nos parecen interesantes.

En primer lugar, nos parece pertinente retomar la propuesta lacaniana que distingue claramente entre ley y causa. Para Lacan, la legalidad propia de las ciencias tendría siempre un límite marcado por el último eslabón de una cadena demostrativa; más allá del cual nos toparíamos con lo que el autor llama "la hiancia". Lo que equivale a señalar que siempre habrá un resto que no puede ser incorporado a la lógica de la ley. A diferencia de ésta, nos dice Lacan, "cada vez que hablamos de causa, siempre hay algo anticonceptual, indefinido" [10].

Cuando Lacan habla de esta manera, no hace sino retomar la palabra de Freud tan comprensiblemente olvidada por la psicología positivista. En el apartado final de "Inhibición, Síntoma y Angustia", se expresan de manera nítida los límites de la investigación analítica: "Es muy de lamentar que la necesidad científica de una "última causa", tangible y unitaria, de la neurosis, haya de permanecer siempre insatisfecha. La solución ideal ansiada probablemente aún hoy en día por los médicos sería el del bacilo susceptible de ser aislado, cultivado y cuya aplicación a otros individuos provocase en ellos igual enfermedad. O también la existencia de materia química que produjera o suprimiera determinadas neurosis. Pero estas soluciones al problema parecen carecer de toda verosimilitud". Se reafirma así lo que ya había expresado en líneas anteriores: "Así, pues, el factor que decide si el desenlace ha de ser o no la neurosis pertenecerá a un sector distinto, de nuevo desconocido para nosotros".

Esto es particularmente importante en la práctica analítica. Reintroducir el inconsciente con su índole de indeterminabilidad, permite terminar con las ilusiones de una cura derivada de un saber que se aplicará sobre un sujeto destinado a asumirlo de manera racional, permitiendo la producción de efectos racionalmente predecibles [11]. De aquí la conocida y desconcertante sentencia de Lacan según la cual en el análisis la mejor interpretación es aquella que no se entiende. Al señalar esto, se insiste en que lo que está en juego es el inconsciente, al que la palabra del analista debe tratar de aludir, dirigiéndose entonces a ese espacio de la indeterminabilidad, -donde no funcionan las leyes del pensamiento conciente- y no a la razón del sujeto. Olvidarlo, como dice el propio Lacan, es volver a psicologizar a la teoría analítica, como ha ocurrido no pocas veces, ignorando la existencia de ese centro de lo desconocido al que Freud apuntaba cuando hablaba del "ombigo del sueño".

Señalaremos ahora que esa alusión al inconsciente se da en el marco de una relación marcada por la transferencia. En este punto se puede hallar las semejanzas de la relación entre Freud y Fliess -no llamada casualmente "el análisis original"- y la relación establecida entre analista y analizante. De lo que se trata en ambos casos es de la verdad

del sujeto, emparentada con el inconsciente y su deseo, aún cuando para que ésta surja tendrá que atribuirsele a Otro y esperar la de él. El Otro ocupa entonces el lugar de la verdad -el lugar de Fliess y del analista- misma que será incesantemente demandada por Freud en el tiempo de su relación con Fliess.

Podemos entender ahora de una mejor manera la evaluación que hacia 1910 realiza Freud de su relación con Fliess. Dirigiéndose en una carta a Ferenczi señala: "Usted habrá observado que ahora ya no experimento ninguna necesidad de develar totalmente mi personalidad.... Después del asunto Fliess esa necesidad ha desaparecido. Una parte de la catexia homosexual se ha retraído y ha sido utilizada para el engrandecimiento de mi yo. He triunfado en el mismo punto en que fracasa el paranoico".

Estas afirmaciones se sostienen con base en lo que constituye la estructura del conocimiento paranoico, que no admite ninguna posibilidad de equivocación y que por lo tanto se basa en la certeza más absoluta. El paranoico, a diferencia del neurótico, no cree que sabe, sino que tiene la total seguridad de poseer la verdad. Así, no hay posibilidad de cuestionamiento, pues ella es única y totalizadora. Por eso, el triunfo de Freud es la caída de Fliess del lugar de la verdad a través de un proceso en el que la relación transferencial se irá desmoronando.

Sin embargo, toda esta historia es la que hará posible que el psicoanálisis se defina, permitiendo afirmar que "descubre, en lo que llama síntoma, una verdad que se hace valer en el descrédito de la razón" (Lacan).

A fin de cuentas, la especificidad de la teoría analítica, sus alcances y limitaciones, así como el peso otorgado a una verdad nunca asimilable por el camino de la racionalidad, tendría que pensarse en función de la novedad de su objeto, irreductible al de otros saberes.

La obstinación de la transferencia es la obstinación de lo no racionalizable en el campo analítico y el saber no puede permanecer al margen de ello. Entre otras cosas lo que demuestra la experiencia original de Freud es que los mecanismos de la creencia ciega, aunque no sean reconocidos, actúan activamente en el proceso de producción y evaluación del saber.

Se muestra entonces por qué el phantasieren freudiano trabaja de una manera que no puede ser reducida a una coherencia determinada, pues lo que de ahí emana no puede ser tratado por fuera de las peculiaridades del psiquismo, de Freud en este caso, aunque en un segundo momento esto se presenta bajo la forma de una teoría. Vemos así cual es la vía por la que el sujeto excluido de las ciencias regresa al campo de la teoría analítica. Como señala Roustang: "Por mucho -todo lo que se quiera- que se desee volver la espalda a la psicobiografía y tener únicamente en cuenta la teoría pura, todo estudio serio conducirá inevitablemente a la persona de Freud o del teórico psicoanalista y sus avatares. Toda la obra teórica de Freud está jalonada por los momentos decisivos de su análisis, tantos como reanudaciones de su transferencia sobre Fliess, incluso mucho tiempo después de su ruptura" [12].

Digamos, para concluir, que es lo anterior lo que vendría a dificultar enormemente las posibilidades de constitución de una epistemología sobre la base de lo que Roustang llama la teoría pura, más aún cuando lo que se busca es una identidad epistémica imaginaria.

CITAS:

[\*] Departamento de Sociología -UAM-Azcapotzalco.

[1] Paul Laurent Assoun, Introducción a la Epistemología Freudiana México, Siglo XXI, 1982.

[2] Op. Cit. pp. 9-10.

[3] Trataremos esto con detalle en el apartado siguiente.

[4] Las ambigüedades en los planteamientos sobre la sublimación serían un buen ejemplo de ello.

[5] Más allá del principio del placer. Cap. VI). Adelantamos aquí la proposición que será trabajada más adelante según la cual todo fantasear está en relación con el Otro y con el deseo. Sólo el psicótico fantasea para sí, por lo cual no es apto para la transferencia.

[6] Más aún, la especificidad del discurso teórico permitirá tendencialmente la construcción de argumentaciones que en sus sucesivas concatenaciones desplazarían, tendencialmente, la arbitrariedad de la explicación. Es así que el discurso científico inagotable por su propia naturaleza, se constituye a partir de la exclusión de la creencia como argumento. Por ello, a pesar de que ésta se encuentra presente como uno de los resortes de la reflexión, no puede pasar como tal al campo del discurso científico, que exige una articulación conceptual que sostenga internamente la proposición de determinadas tesis. Como se ve, aparece como necesaria la distinción entre la forma de exposición teórica y la "genealogía" de las hipótesis de trabajo, nivel difícil de entender desde una óptica positivista estrecha.

[7] Octave Mannoni. Un comienzo que no termina. Barcelona, Paidós. 1982. p. 22.

[8] O. Mannoni. "El Análisis Original". en La Otra Escena, Claves de lo Imaginario. Buenos Aires, Amorrortu. 1973. p. 87.

[9] Op. cit. p. 91.

[10] J. Lacan, El Seminario II. El Inconsciente Freudiano y el Nuestro, p. 34.

[11] Un ejemplo interesante de esta superposición de la teoría en el análisis se encuentra en la primera parte del libro de S. Leclair "Psicoanalizar". En el se muestran los efectos negativos que se producen cuando el analista busca a toda costa encuadrar al analizante en una situación edípica predeterminada. Este, al escuchar la interpretación del analista dice en tono irónico: ¡qué descubrimiento...! ¡Y qué irrisión!

[12] Francois Roustang. Un funesto destino. México, Premiá Editora, 1980, p. 69.